

## Reseña

**Orduña Carson, Miguel (2024). *La fiesta de la República. Cultura política en tiempos de Juárez (Ciudad de México, siglo XIX)*. Ciudad de México: Grano de Sal. 232 pp.**

Apenas habían pasado diez meses desde que Maximiliano I de México (1832-1867) había decidido confrontar su destino, sin reino que lo esperara en Austria y sin el ejército invasor francés que le cuidara las espaldas, cayó muerto bajo las balas disparadas en el cerro de las campanas el día 19 de junio de 1867. El Ayuntamiento de la ciudad de México, había decidido que el 5 de mayo de 1868 sería un día de celebración cívica, el primero de la República restaurada. Algo similar sucedía en la ciudad de Puebla, al buscar conmemorar la batalla de Loreto y Guadalupe de 1862 que le había dado la victoria al ecléctico Ejército de Oriente del general Ignacio Zaragoza (1829-1862), dando paso a la celebración más importante de la Heroica Puebla de Zaragoza, celebración que hoy por hoy es la que retumba en el corazón de millones de migrantes mexicanos y poblanos en los Estados Unidos y para recordar cómo ese día se izó la bandera de Libertad y Reforma y se defendió el honor nacional. Era el primer año en que la República restaurada retomaba el control político e institucional de México, por ello, la algarabía debía ser estremecida y grabarse en el imaginario colectivo a modo de preservar los valores cívicos enarbujados por un modo de ser republicano y diferenciándose de una vez por todas de la cultura política del *ancien Régime*.

Los capítulos han sido hilvanados de acuerdo a los actos político-culturales llevados a cabo a propósito de la celebración y siguiendo el horario circadiano, es decir, uno que da cuenta de lo ocurrido a lo largo de 24 horas de celebración de aquel 5 de mayo y que, como diría el teórico alemán Jörn Rüsen, orientan sobre el sentido (*Sinn*) de la República que los organizadores querían dotarle. El día se dividió en eventos, actos, comidas o representaciones que mostraron el proceso de la transformación del México decimonónico, ese en el que habían tenido lugar continuas luchas entre connacionales partidarios de las posturas conservadoras o liberales, y más allá, también en contra de las potencias más representativas del colonialismo mundial del siglo XIX. El ejército francés liderado en 1862 por Charles Ferdinand Latrille, Conde de Lorencez que abatió el Ejército de Zaragoza es el mismo que unos años más tarde enfrentaría al Imperio prusiano, siendo derrocados también, y teniendo como consecuencia que el Emperador alemán Wilhelm I se coronara en Versalles, Francia en enero de 1871, dando inicio al Segundo Imperio alemán y la política de Otto von Bismarck. Pero, justo esta macropolítica, esta historia militar y hecha a partir de los grandes hombres y hechos no es la que le interesa hilvanar al historiador Miguel Orduña Carson, en cambio, nos invita a adentrarnos –a través de un diálogo transdisciplinario continuo–, en ventanas de tiempo marcadas a lo largo de un solo día, mismas que fueron pensadas a modo de guía para seguir la celebración por el mismo organizador de tan soberano evento: el Ayuntamiento, que “durante el siglo XIX fue la instancia fundamental de intermediación entre los trabajadores y el poder central” (141). *La Fiesta de la República* comenzó con las salvas de las cinco de la mañana, mismas que rememoraban los cañonazos que debieron oírse en el

valle poblano al mediodía del cinco de mayo de 1862 y cuando inició la batalla de Puebla al romperse el fuego de cañón por ambas partes. El ejército invasor se encontraba agazapado en la garita de Amozoc apenas la noche anterior, Zaragoza contaba con cuatro mil hombres y con la confianza de ir a hacia la victoria; se les había advertido a los franceses que no entraran por los Fuertes de Loreto y Guadalupe, pero, hicieron caso omiso encontrándose con bajas fortificaciones y un estratega militar de primera clase y quien moriría de fiebre tifoidea solo cuatro meses después de tan portentosa e inesperada victoria.

En cada una de las coyunturas, actos cívicos y populares que enmarcaron aquel primer año de la celebración bajo el halo de la República recién restaurada, Orduña Carson nos invita a ver, a sentir, a escuchar y a caminar el centro de México, el que fuera corazón de Tenochtitlán y alma de la República, el lugar estratégico y elegido que ocupan todos los estratos del poder político y donde conviven cotidianamente miles de hombres y mujeres claramente diferenciados en clases sociales, pero pertenecientes, también todos y cada uno de ellos a la República. La conmemoración cívica no solo trataba de poner el acento en el cambio del imaginario colectivo en cuanto a la cultura política liberal se refiere, y en lo que Koselleck llamará el horizonte de expectativa y a raíz de la expulsión de los franceses y caída del Segundo Imperio. Este cambio también abarcó modificaciones y cambios en el trazo urbano del centro histórico de la capital metropolitana y a propósito de las leyes de Reforma, en concreto la separación entre Iglesia y Estado. Por ello, no fue poca cosa emprender el ensanchamiento de la avenida 5 de mayo y a pesar de los edificios dominados por La Profesa rematando en el Gran Teatro Nacional, demolido finalmente en 1904 y a propósito de la construcción del Palacio de Bellas Artes.

La Ciudad, es decir, el espacio público resulta ser una de las protagonistas de la festividad, paralelamente lo son sus invitados de honor, por ejemplo, Benito Juárez (1806-1872) y muchos de los cronistas y periodistas distinguidos de la época, así como regidores, militares, pero, y principalmente, el pueblo, ese denominado por George Rudé como el “rostro de la multitud”, que, en el caso de la República, son representados a través de los artesanos. Y aquí viene la segunda lectura o lectura transversal de *La Fiesta de la República*, pues ésta solo es el pretexto para mostrar los cambios sustanciales que este grupo social (y sus bien diferenciadas subdivisiones) experimentó a lo largo del siglo XIX. Y, es aquí, donde conceptos como trabajo “que se refiere al modo honesto de vivir” (154), mutualidad, artesanado, solidaridad, honor, cobran una importancia que irá desarrollándose a lo largo del texto. Orduña Carson, analiza varios niveles de la organización de las, para ese entonces, llamadas mutualidades, de tal manera que, vemos de cerca sus prácticas cotidianas; sus posturas ante el orden político; sus reorganizaciones y pugnas, y las principales transformaciones alcanzadas en las últimas décadas. Por ello, la discusión en torno a las clases trabajadoras, divididas antes en gremios, cofradías, corporaciones al servicio del poder, son analizadas con énfasis en su organización política y diferenciándose, por ejemplo, de la de los partidos.

*La Fiesta de la República* evidencia y analiza el proceso de cambio conceptual de la idea de poder político, un ejemplo claro lo tenemos a partir del escrito de Manuel Altamirano quien esperaba que, en los tiempos de dominación española y aún bajo el mando de una república “hipócrita”, siguieron dominando las clases privilegiadas, a saber “el clero, el ejército y los ricos quienes formaron gremios y cofradías que no significaron más que el uso de estas clases de los

trabajadores y a partir de una supuesta representación por parte del clero oculto en un santo cualquiera” (90). Es evidente que, durante *La Fiesta de la República*, los trabajadores que, ahora se reúnen en instituciones privadas llamadas de socorros mutuos o mutualidades (91), han comenzado a esbozar otro tipo de conciencia política, más ligada a la Internacional Socialista, a las ideas libertarias esgrimidas por el anarquismo decimonónico. Se trata entonces de un despertar de la conciencia y de un cambio social en cuanto al modo de entender la República, en donde se dibuja ya la igualdad para todos, que no para todas. Se trataría, también, de un modo diferente de entenderse ante el mundo, consecuencia de lo que el historiador alemán, Reinhart Koselleck, ha nombrado como *Sattelzeit*, es decir, ese tiempo bisagra entre 1750 y 1850 que derivó en resumidas cuentas en una reformulación de los conceptos políticos fundamentales. El concepto República, uno que contiene múltiples formulaciones e interpretaciones en el mundo occidental, sufrió uno más a partir de las denominadas revoluciones burguesas europeas de 1848, cuando justamente se le asignó una connotación, más democratizadora y en contraposición del *ancien Régime*. La República se comienza a entender ya como una hermandad del pueblo y como sinónimo de libertad, para entonar sin cortapisas: ¡La libertad es la República! De igual modo la República es entendida como la liberación de la pobreza y la emergencia, es decir como una República Social. Aunque, hay que decir que, después de la victoria de la burguesía sobre el proletariado, Karl Marx, no dejó de llamarla República burguesa. (*Lexikon*, Koselleck: 635-40). Pero, ¿es esta cara la que el Ayuntamiento de la ciudad de México quería brindarle a sus ciudadanos y para festejar la batalla del 5 de mayo denominada también como “la segunda Independencia de México”? Es el

régimen liberal democrático, ése en donde no hay distingos entre los miembros de una determinada sociedad al que aspiraban ese día de fiesta. Las crónicas de los días posteriores mostraban que todas las clases sociales participaron de la gran celebración y es que no solo asistieron en calidad de espectadores, sino también como organizadores y actores de algunos de los siete actos principales. La Fiesta, nos dice Orduña Carson, hacia la segunda mitad del siglo XIX mexicano, debe entenderse como el espacio donde se construía la subjetividad moderna (la idea del deber ser) y los símbolos que daban sentido al orden social, pero también, inevitablemente, eran un lugar de conflicto y negociación (98-99). El banquete organizado a la una de la tarde y con sus cuatrocientos invitados se nos presenta como un acto muy revelador de todo lo que debió haber significado ese día de fiesta. Es en este momento en el que el autor se detiene para reflexionar sobre su nivel simbólico y en sus múltiples elementos, por ejemplo, el brindis y el discurso (los ejercicios de oratoria) que proveían a quien los declamaba un cierto estatus dentro de los convocados, siempre y cuando se ciñeran a lo previamente estipulado, esto es, “mostrar su amor a la patria y mostrar un ánimo contagioso hacia la figura del general Zaragoza” (102). El autor, no solo se detiene en la descripción del banquete, de sus oradores y palabras, va más allá, entrando en el mundo de la sensibilidad vivida ese martes cinco de mayo de 1868 a la una de la tarde en la enrejada Alameda central, donde los sentimientos patrióticos y de pertenencia brotaron, donde el Ayuntamiento se había dado a la tarea de cumplir con un cometido en donde se podría palpar el espíritu liberal, es decir, hermanar a los asistentes y que a su vez esta muestra de fraternidad corriera como pólvora en la ciudadanía mexicana, al fin libre del yugo del invasor. La

presencia del artesanado se revelaba como representación de la sociedad y, de igual modo, la adhesión de una parte del cuerpo social al denominado orden establecido (106). Las opiniones esenciales para conocer la percepción y emoción del momento fueron plasmadas en las diversas crónicas que de *La Fiesta de la República* se publicaron en los diarios más importantes los siguientes días. Los símbolos patrios, pendones, bandas y acrobacias en las plazas cercanas al zócalo capitalino alegraron a transeúntes e invitados y, de igual modo, durante la celebración se hicieron presentes los dispositivos y/o estrategias desplegadas en contra de los vagos, pobres e indeseables y, en pos de la anhelada modernidad liberal, pues, debemos reparar que, donde hay invitados e invitaciones, igualmente hay excluidos.

Y, como ya adelantábamos, a Orduña Carson le interesa hacer una historia desde abajo, para ello el historiador socialista británico E. P. Thompson sigue siendo un referente esencial, máxime cuando se trata también de los trabajadores, (y ahora más que nunca, trabajadores, artesanos y obreros, que van ganando conciencia de clase, sabedores de la fuerza de cambio que tienen en sus manos y actuar).

Por ello, la reflexión que desarrolla Orduña Carson alrededor de las prácticas, así como del nivel simbólico, es decir, de los rituales y sus consecuentes sensibilidades, como lo muestra la misma *Fiesta de la República*, se hace desde los espacios marginales que van ganando espacios sociales de gran relevancia. Y, como lo menciona el autor, “es posible dar cuenta de las múltiples y denodados esfuerzos de los artesanos por integrarse al modo liberal de participación política” (13). Es decir, el artesanado que, personifica al pueblo de México en el marco de *La Fiesta*

*de la República*, no es espectador pasivo de los cambios políticos, todo lo contrario, posee agencia y ese es el nivel que logra tejer delicadamente esta historia. Pues entiende que, “para que verdaderamente haya una cultura, no basta con ser autor de prácticas sociales; estas prácticas sociales deben tener un valor para quien las realiza” (Giard, 1993: 11).

A las cuatro de la tarde inició la retirada del ejército invasor y a esa hora también iniciaron actos festivos, llenos de música y baile y con una Alameda de puertas abiertas, de igual modo, otras plazuelas aledañas se engalanaron con funciones acróbatas y volantines (117).

Y, sí, el artesanado, su historia y procesos de aculturación política son el parteaguas de esta historia, una que no solo se ciñe a la coyuntura política de 1868 sino que posee intrínsecamente una mirada de larga duración y que no se ve delimitada hasta la República restaurada, sino que desemboca en las crisis políticas del porfiriato, en resumidas cuentas un proceso que va desde la denominada Ilustración hasta el inicio del proyecto positivista mexicano una vez que se ha iniciado el proceso de reelección del dictador. Muestra de lo anterior serán los análisis dedicados, por ejemplo, al Círculo de Obreros, la Sociedad Artística-Industrial o la Convención Radical y de los que dieron cuenta diarios como *El Socialista* y *El Hijo del Trabajo* y de su paulatina vinculación con instancias del gobierno (134). La prensa, y el papel que jugó en la conformación de las mutualidades es otro que analiza a profundidad Orduña Carson, “la prensa acota la moralidad a un proyecto social: construye un modelo”, nos dice (141). “En los periódicos se realizó el debate que definía y afianzaba el proyecto ideológico del liberalismo como proyecto ideológico del liberalismo como proyecto nacional.

En consecuencia, y marcadamente a lo largo de las décadas de los setenta y ochenta, uno de los medios a los que recurrieron los artesanos fue [precisamente] la prensa” (142).

Los fuegos pirotécnicos “se volvieron inevitables en las fiestas que requerían la asistencia de todos los sectores sociales” (Vázquez Mantecón: 91), y sobre esto tenemos noticia desde las prácticas festivas (cívicas o religiosas) desde el virreinato, empero esta vez no se utilizaron luminarias de ocote para iluminar la plaza principal al caer la noche, la electricidad había llegado y con ella las bombillas que resplandecían en aquella tarde-noche tan singular. Los actos y solemnidades iban rematando en la noche, hacia las ocho los invitados se dieron cita en el Teatro Nacional, Guillermo Prieto pronunció una poesía alusiva al triunfo del ejército de Oriente sobre el ejército invasor, como preludio. De igual modo, la Filarmónica entonó sus mejores notas, para proseguir con la obra *La Patria* de Joaquín Villalobos. Alfredo Chavero declaró que, “la Sociedad Filarmónica es un prodigo. No ha nacida apadrinada por ningún gobierno, ¡ha brotado como una flor en el desierto, en medio de nuestras desgracias políticas!” (Cosío Villegas, “Un viejo ariete musical”: 302). Y, apunta Orduña Carson, el coro u orfeón que acompañó a la Filarmónica era uno conformado exclusivamente por trabajadores urbanos (178). “En la noche del 5 de mayo los artesanos no era los partícipes principales del festejo, como lo habían sido en otros momentos del día. Ahora eran parte del espectáculo” (180). Espectadores y participantes salieron e inundaron las calles en la madrugada. La festividad había terminado, y el amanecer despuntaba, tanto como el anhelo compartido de seguir formando parte de *La Fiesta de la República*.

En este libro es evidente la acertada apuesta que llevó Orduña Carson al formular su libro de acuerdo a los recursos de la vida cotidiana, pero no solo, pues es incuestionable las variadas fuentes de información (archivo, crónicas, historia urbana, pregones, discursos, obras literarias) que escudriñó para confeccionar una historia que desde ya será invaluable para entender de mejor manera a algunos de los actores que perfilaron la segunda mitad del siglo XIX, que fueron protagonistas en colectivo de los cambios que la nación mexicana deseaba poner en práctica y después de décadas de crisis, así como de crisis que vendrían posteriormente. Y, dichas fuentes, tampoco serían bien aprovechadas para el análisis del historiador sin el diálogo transdisciplinar y la subyacente pero evidente mirada crítica que impregna todo el texto.

*Lizette Jacinto*

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla